

Bunraku

Redobla un tambor kotsuzumi y chispean tres cuerdas de shamisen. Son las siete de la mañana del día cincuenta y tres.

Cien cepilladas de pelo y un rodete alto cosido con dos cintas rojas. Pasos cortos. En la galería, la sombrilla verde protege una mesa, una tetera, una taza y un plato de píldoras. Las píldoras hacen todo. Los autómatas hacen el resto.

La brisa matutina despeja el lago y la niebla retrocede hacia la arboleda. Las garzas encuentran el agua, pero pierden los cedros.

Una melodía jovial de flauta me pesca del estupor. El gato salta en mi regazo y trata de atrapar las cintas de mi pelo. Lo deposito suavemente sobre la mesa, lengüetea la taza de té, ya frío. Me asalta la atracción de la distancia. El caballo está ensillado y espera. Por un rato, me pierdo en el ritmo del galope tendido y en la velocidad de mi sombra. En nada tropieza, a nada se aferra- tierra, hierba, cañas, piedras. El ritmo se detiene en la ladera del monte y bajo del caballo. Varios pasos cortos hacia un roble que corona un precipicio. Me siento en su raíz y me respaldo en su corteza. Extraigo de mi manga una cajita de madera, armo una larga pipa y aprieto en el hornillo una bolita resinosa. En el cielo pintado, las nubes se mueven con distintas lentitudes. Mensajeros cansados, soldados ebrios, pastores ancianos. Enciendo la pipa y mezclo mis nubes con las otras. Los dioses hacen lo que falta.

El artesano vulgar coloca la materia donde es más útil, el artesano noble la conduce al vacío que debe llenar. Así, la materia aconseja al noble, y lo prefiere.

Mayumi está en la galería cuando regreso. Su kimono es un fulgor blanco. La flauta de caña y el shamisen nos acompañan al cuarto de baño, donde sus manos delicadas me desvisten. Un banco de madera, un balde de agua tibia y jabonosa, una toalla. Mayumi lava mi cara, cuello, espalda, muslos y entrepierna. Entramos juntas a la pileta caliente. Su voz es dulce, su risa es un trino desde el vapor espeso. Sus labios presionan contra los míos. No abro los ojos. Me deslizo hasta acostarme bajo el agua. El rodete se deshace y el pelo se escapa con suavidad. Siento en toda la piel la reverberación profunda del gran tambor taiko. El parche suena caliente. Ha sonado todo el día.

Las aguas fluyen ininterrumpidamente y conquistan su meta: la imagen de lo insondable repetido.

Familia, amigos y vecinos llenan el comedor. Son movedizos y parlanchines. El coro se confunde con el repiqueteo de porcelanas. Hay bromas y relatos, hay risas. Los vasos se vacían, se llenan y se vuelven a vaciar. La luz atardece lentamente. Bebo y pienso en Mayumi, que ya se ha ido. Bebo y pienso en los grillos y los ruiseñores del jardín, afuera. Adentro, juegos, cantos, baile. Peleas. Payasadas.

- Váyanse.

Un silencio interrogante y dos golpes altos de tambor dan paso a una trama de murmullos crecientes, nerviosos. Me vuelvo hacia la pared y la sala se vacía a mis espaldas. En mi taza quedan dos píldoras. Afuera, el jardín se tiñe de gris, el aire se enfría. Los grillos siguen el punteo del shamisen. El ruiseñor sigue a la flauta de caña. El gato no está. El tambor taiko continúa palpitando. Cuento cincuenta y cuatro latidos antes de dormirme.

El tonto persigue la serenidad con estrépito. El noble medita frente a la eternidad del fin y reconoce lo precedero. El tiempo les ocurre de la misma manera.